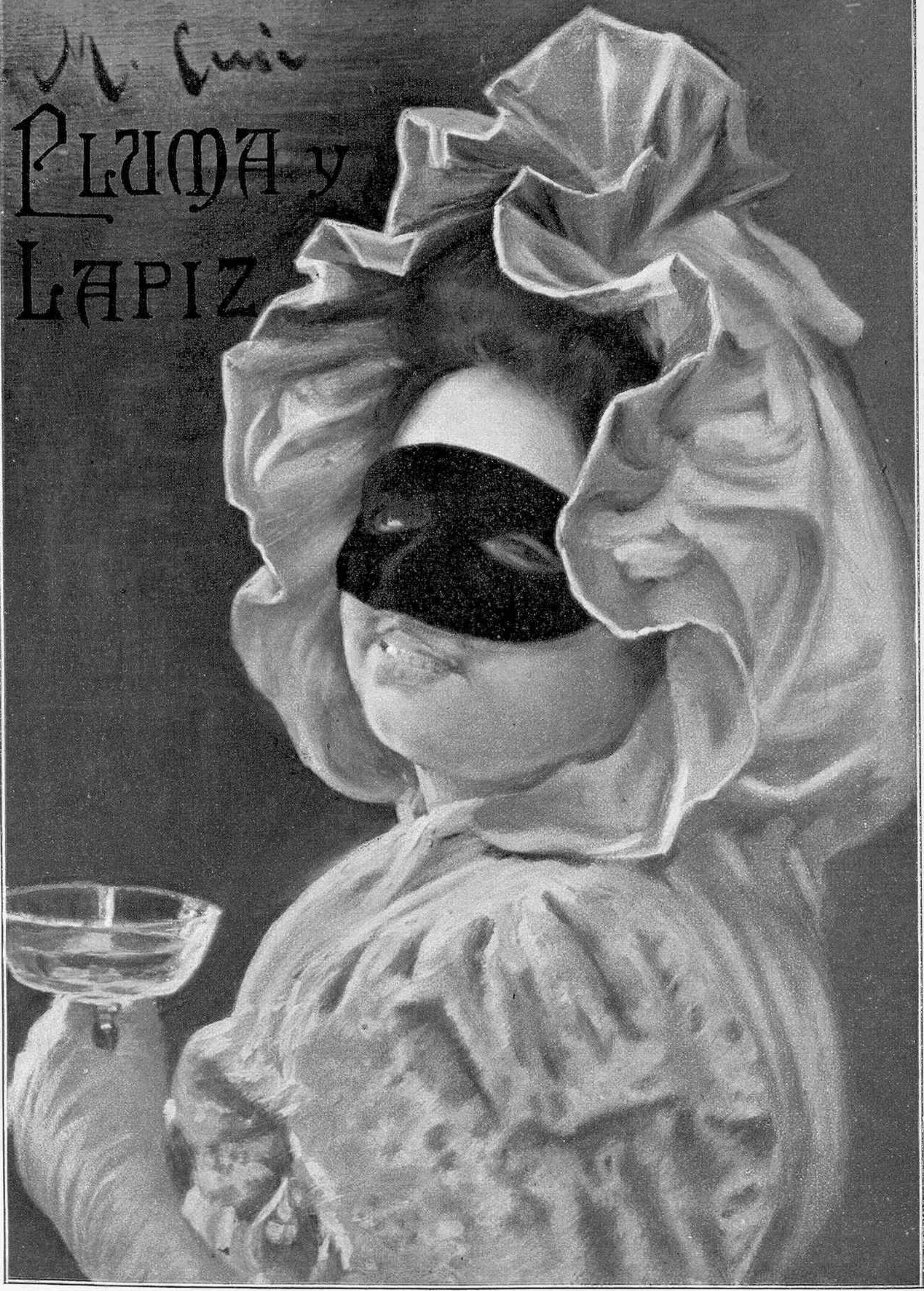


V. L. Guio
PLUMA y
LAPIZ



NÚM. 67

EL LAZO AZUL

Se aproximaba la cuaresma á pasos agigantados, esa época del año consagrada por la Iglesia á conmemorar la pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo.

El miércoles de ceniza estaba á punto de llamar á la conciencia humana, con el eco acompasado y triste de las campanas del templo, y la palabra grave del sacerdote iba á pronunciar en breve el fatídico *pulvis eris*.

Pero como si la humanidad quisiera aprovechar los últimos momentos de la expansión carnavalesca, de ese período de vertiginosa locura en que, envuelta en un dominó y cubierta con un antifaz, suele mostrarse tal como es, invadía, llenaba literalmente, el ancho patio del teatro Real y ocupaba la mayor parte de sus localidades.

Pocos martes de carnaval habían dado un contingente tan numeroso al regio coliseo, y en ninguno había reinado en éste mayor animación, júbilo tan bullicioso.

Frasas epigramáticas; indirectas cobosianas; reproches no disimulados; celos efervescentes; desdenes glaciales; declaraciones volcánicas; alusiones abrumadoras; proposiciones equívocas; miradas incandescentes; talles oprimidos; respiraciones fatigosas; rugidos de despecho; carcajadas homéricas; un oceano de luz y de colores; torrentes de armonías; movimiento irregular continuo; tales eran las palpitaciones de la vida en el vasto recinto, al sonar en el próximo reloj de la Encarnación las doce de la noche.

Una máscara, aislada entre la multitud, sola en medio de aquel bullicio, esquivando la solicitud de los curiosos, y desahuciando con frase firme aunque cortés á los recalcitrantes, parecía concentrar todas sus facultades en sus ojos, á juzgar por la avidez con que escudriñaba el heterogéneo conjunto de seres que se apiñaban en el salón.

Velaba sus formas con amplio dominó negro, y su rostro con un antifaz, que sólo dejaba al descubierto una barbilla blanca, ligeramente rosada, de cutis finísimo, que permitía adivinar encantos de primer orden, encantos que confirmaban dos pupilas negras como el abismo, pero con destellos fascinadores.

El cabello, recogido cuidadosamente por caprichoso adorno de encajes, era castaño oscuro y revelaba, por su profusión y natural ensortijamiento, que pertene-

cía á una dama no entrada en años, sino en los albores de la plenitud de su vida.

Imposible dar de sus manos otra idea que la de su pequeñez aristocrática, calzadas, como iban, por finísimo guante de cabritilla, y de sus pies sólo habré de decir que eran breves, arqueados, ligeros; que iban aprisionados en lindos zapatitos de tafilete color de bronce y cubiertos con medias de seda de un negro tan negro, aunque menos brillante, que el de las pupilas de la dama.

Por último, y como distintivo tal vez, como contraseña convenida de antemano, llevaba prendido en el hombro izquierdo un lazo azul, formado por cinta de seda, cuyos extremos flotaban al andar de la bella, y eran, para muchos, motivo de intriga ó causa evidente de provocación.

No habrían transcurrido cinco minutos, desde que dieran las doce, cuando otro dominó, negro también y con lazo idéntico en el color y en la forma, enlazó el brazo de la dama, sin resistencia alguna por parte de ésta, y juntos se confundieron con la muchedumbre.

—Creí que ya no venías,—dijo la dama, sin dejar de fingir la voz, tal vez por exceso de precaución.

—Es que desesperaba ya de encontrarte, desde que me ha parecido ver á tu esposo en el salón,—contestó la otra máscara, observando la misma precaución que la dama.

—Error grandísimo, porque mi marido no se halla hoy en Madrid.

—¿Quién sabe!

—Me pones en cuidado.

—En casos como éste, evoco siempre el recuerdo de la ausencia del rey, en el *Dominó azul*.

—¿Y temes que haya regresado de incógnito?

—Lo creo posible, al menos.

—Me haces temblar.

—¿Por qué?

—Y si hiciese el diablo que nos siguiera la pista y descubriese...

—Nada temas: poseo la llave de un palco, en el cual podemos hablar y cenar libremente. ¡Estás desazonada, inquieta!

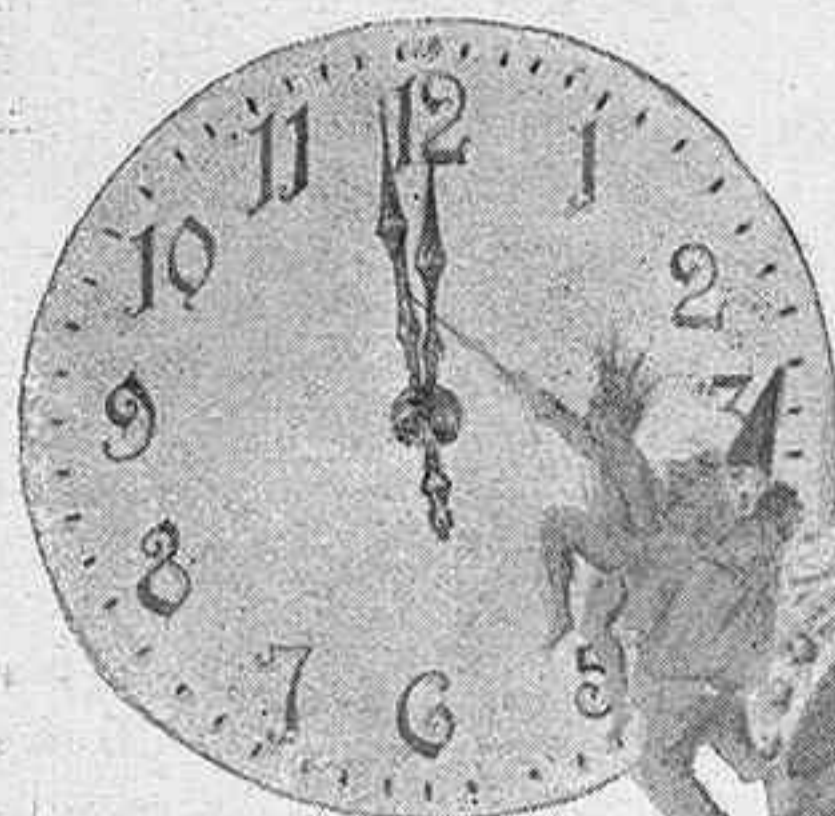
—¿Piensas que no hay motivo, después

de lo que acabas de manifestarme! ¡El, aquí!

—No es cosa segura. Entre tanta gente, se equivoca uno con la mayor facilidad.

—¿Dios quiera que mi venida al baile no me cueste cara!

—Por sí ó por nó, alejémonos de este sitio. Allá, en



el palco, encerraditos por dentro, le desafío á que ños encuentre.

—Vamos, vamos pronto.

—Vamos; pero tranquilízate, que el caso no es para tanto.

Y la pareja abandonó la sala.

Cinco minutos después, abría el máscara uno de los palcos principales de proscenio y entraban ambos en él, con las debidas precauciones.

Una densa cortina, corrida completamente á tres metros del antepecho, sumía el resto del palco en una obscuridad casi completa y lo sustraía á indiscreciones de toda clase.

La dama se quitó el antifaz, al entrar, y pareció respirar libremente; el galán, después de cerrar por dentro el palco, se quitó igualmente la careta y acto seguido hizo luz para encender las bujías de un candelabro colocado en un velador atestado de fiambres, dulces y vinos.

Una exclamación de sorpresa se escapó del pecho de ambos.

—¡Auroral!

—¡Luis!

—Pero ¿qué es esto?

Reinó un instante de profundo silencio, y hubiérase podido decir que allí reinaba la paz de los sepulcros, á no percibirse el golpe acelerado de dos corazones, en guerra consigo mismos.

Rehízose al punto Aurora, y... con esa lucidez de las mujeres del gran mundo, acostumbradas á dominar sus sentimientos é impresiones, repuso con naturalidad:

—Esto es que tu mujercita ha querido demostrarte cuán difícil es que tú la engañes.

—¿Luego sabías?...

—Todo, hijo, todo;—contestó, mintiendo con admirable aplomo,—y por eso he venido al Real y he ocupado el puesto de la que intentaba robarme tu cariño.

—Preciso será que me expliques...

—Te lo explicaré más adelante.

—Ha de ser ahora mismo.

—No: tu falta merece un castigo, y el que te impongo, es el de no revelarte el misterio, hasta que te hayas hecho otra vez digno de mi confianza. Ahora, cenemos si te place.

—Cenemos,—murmuró filosóficamente Luis, después de reflexionar que su esposa podía tener razón, y que á él no le asistía ninguna.

Dos horas más tarde, despojados del consabido lazo azul; bien cenados, fortalecidos por el jerez y el cham-

pagne; segura Aurora de haber disipado hasta la menor sospecha en la mente de Luis, y satisfecho éste de que su mujercita concediera tan escasa importancia á una aventura galante que hubiera podido producir la guerra civil en el matrimonio; salían ambos del Real, para tomar una berlina que los condujera á casa.

Pero la casualidad, que á veces tiene sus caprichos, como buena hembra, quiso hacer sufrir al uno y á la otra el castigo de sus culpas, y dejó ver á ambos otra feliz pareja que, muy amartelada, muy juntita, tomaba asiento en un landó y partía al gran trote de los caballos: en el hombro izquierdo de aquellas otras máscaras flotaban, á merced del viento, las caídas de sendos lazos azules.

Ambos cónyuges sintieron como un dardo en el corazón, al impulso de los celos, y comprimieron un grito de rabia, que estuvo á punto de delatarlos. Dominaron sus impresiones, y, en tanto que Luis seguía con la mente aquel carruaje, hondamente disgustado por las consecuencias del *quid pro quo*, Aurora dijo, soltando una carcajada:

—Apuesto á que esos no llevan frío,... pero ¿qué tienes Luisillo, que estás temblando?

—El frío que esos no llevan;—repuso Luis, instintivamente.

Como se ve, el carnaval había terminado y el antifaz había sido substituído por la careta de carne.

Algunos de mis lectores, aquellos que no conocen el mundo más que muy exteriormente, creerán que acabo de referirles un cuento, hijo de mi imaginación.

Otros, los avisados, los maliciosos que en toda ficción buscan un fondo de realidad, dirán para su suyo:

—A mí no me la pegas, compadre; esto no lo has inventado tú, esto ha sucedido tal y conforme nos lo pintas.

¿A qué conduce el negarlo? Sería completamente infructuoso, porque, hablando en plata, lances análogos al referido se ven con harta frecuencia en los bailes de máscaras y han servido de asunto para no pocas comedias, extraordinariamente aplaudidas.

¡Se prestan tanto!

Y de fijo sus autores no se habrán tomado, para llevarlas á la escena, más trabajo que yo, para trasladarlas al papel.

¡Como que en el teatro del matrimonio se suelen representar todo el año... á cara descubierta!

PERO NUÑO

Ilustraciones de G. PUJOL.

VIOLETAS BLANCAS

EN EL ALBUM DE LA STA. LOLA LARGUÍA

Hay ceremonia en el Olimpo; el coro deshoja un lirio azul de melopea; tú triunfas: eres Venus Citerea blasonando gentil un tirso de oro. Minerva disemina su tesoro celeste, el vaho de la mirra ondea y la pálida Diana carcajea, mientras Apolo canta tu decoro.

Desfilan los nimbados trovadores y empieza el holocausto. Brotan flores en los cordajes de las arpas francas; y yo, de pie en olímpicas tarimas, vuelco en tu altar el ánfora de rimas, como una lluvia de violetas blancas!

José LÓPEZ DE MATURANA

Buenos Aires.



LLUVIA DE ORO

La vi en el baile... Es muy rubia
y sobre sus hombros bellos
fingen sus áureos cabellos
copiosa y brillante lluvia.
Lluvia que quita la calma
al sér más indiferente
y que, al caer, esplendente,
empapa de luz el alma.
Con ella, no es maravilla
que haya, como en valle ameno,
tanto jazmin en su seno,
tanta rosa en su mejilla.
Lluvia que en ansias consume
al mortal, y á amar provoca,
y que deja, en cuanto toca,
en vez de lodo, perfume.
Lluvia de áureo resplandor,
¿cómo no ha de ser fecunda
en ilusiones, si inunda
los corazones, de amor?

CASIMIRO PRIETO

Buenos Aires.

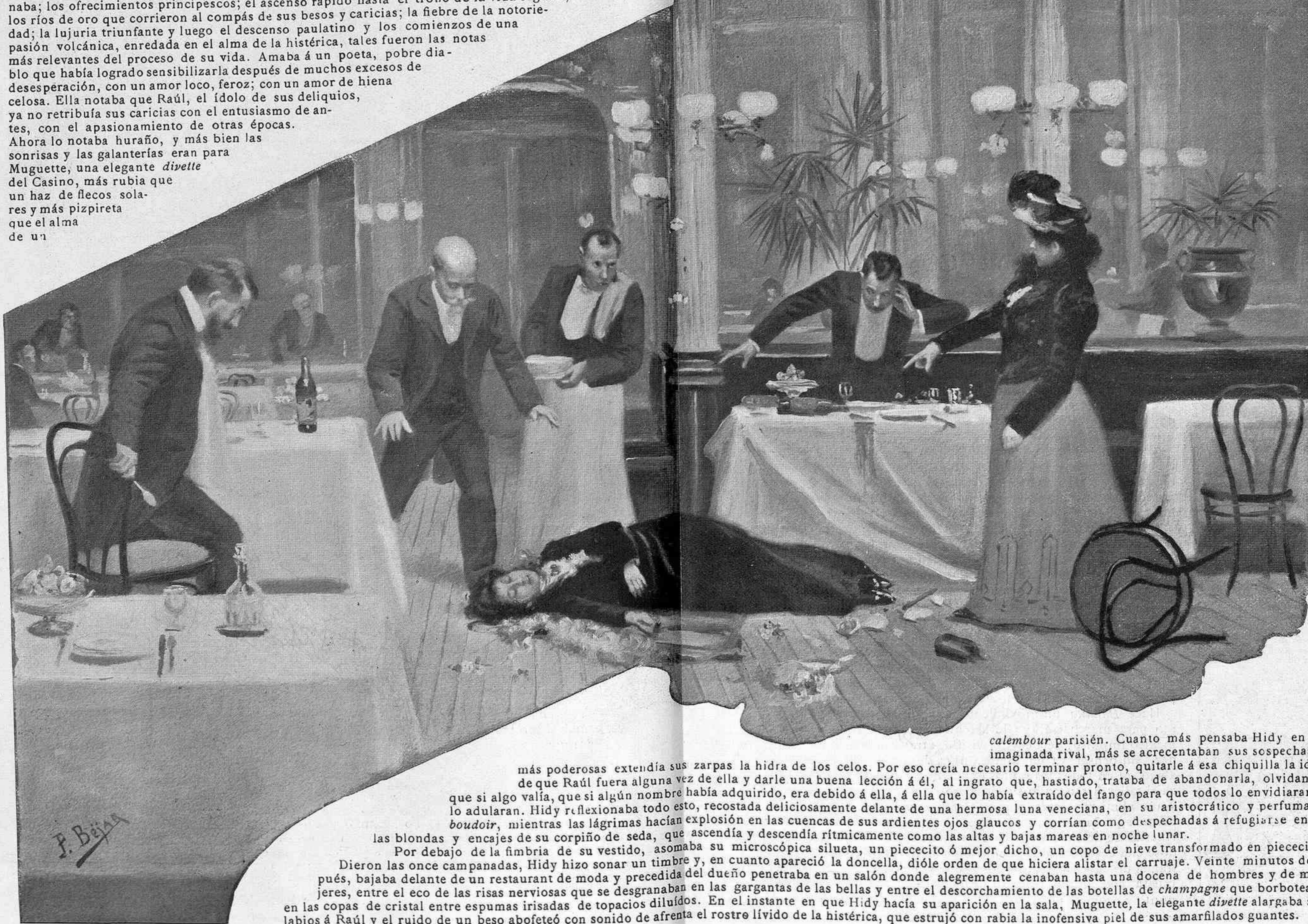


BUSCANDO CONCHAS.

FLOR DE HISTERIA

Hidy se afianzó más en sus sospechas. Que Raúl le era infiel, ya no constituía una novedad para ella, puesto que hartó se lo había él demostrado con sus desvíos y con la frialdad con que recibía las caricias de Hidy, la *grivoise* más hermosa y la hembra más soberbia de todas las de su género.

La historia era breve y parecida á todas las historias de mujeres galantes. Un trapiés; los dolores de un alumbramiento; la miseria; el hambre; los vejámenes de los amos que la ocuparon; los albores de su belleza deslumbrante, aunque sí ajada por el medio ambiente en que germi- naba; los ofrecimientos principescos; el ascenso rápido hasta el trono de la vida orgáca; los ríos de oro que corrieron al compás de sus besos y caricias; la fiebre de la notorie- dad; la lujuria triunfante y luego el descenso paulatino y los comienzos de una pasión volcánica, enredada en el alma de la histérica, tales fueron las notas más relevantes del proceso de su vida. Amaba á un poeta, pobre dia- blo que había logrado sensibilizarla después de muchos excesos de desesperación, con un amor loco, feroz; con un amor de hiena celosa. Ella notaba que Raúl, el ídolo de sus deliquios, ya no retribuía sus caricias con el entusiasmo de an- tes, con el apasionamiento de otras épocas. Ahora lo notaba hurafío, y más bien las sonrisas y las galanterías eran para Muguette, una elegante *divette* del Casino, más rubia que un haz de flecos sola- res y más pizpireta que el alma de un



más poderosas extendía sus zarpas la hidra de los celos. Por eso creía necesario terminar pronto, quitarle á esa chiquilla la idea de que Raúl fuera alguna vez de ella y darle una buena lección á él, al ingrato que, hastiado, trataba de abandonarla, olvidando que si algo valía, que si algún nombre había adquirido, era debido á ella, á ella que lo había extraído del fango para que todos lo envidiaran y lo adularan. Hidy reflexionaba todo esto, recostada deliciosamente delante de una hermosa luna veneciana, en su aristocrático y perfumado *boudoir*, mientras las lágrimas hacían explosión en las cuencas de sus ardientes ojos glaucos y corrían como desechadas á refugiarse entre las blondas y encajes de su corpiño de seda, que ascendía y descendía rítmicamente como las altas y bajas mareas en noche lunar.

Por debajo de la fimbria de su vestido, asomaba su microscópica silueta, un piececito ó mejor dicho, un copo de nieve transformado en piececito. Dieron las once campanadas, Hidy hizo sonar un timbre y, en cuanto apareció la doncella, dióle orden de que hiciera alistar el carruaje. Veinte minutos después, bajaba delante de un restaurant de moda y precedida del dueño penetraba en un salón donde alegremente cenaban hasta una docena de hombres y de mu- jeres, entre el eco de las risas nerviosas que se desgranaban en las gargantas de las bellas y entre el descorchamiento de las botellas de *champagne* que borboteaba en las copas de cristal entre espumas irisadas de topacios diluísos. En el instante en que Hidy hacía su aparición en la sala, Muguette, la elegante *divette* alargaba sus labios á Raúl y el ruido de un beso abofeteó con sonido de afrenta el rostro lívido de la histérica, que estrujó con rabia la inofensiva piel de sus amarfilados guantes.



Todos soltaron en bandadas sus carcajadas y aplaudieron. Raúl, aunque beodo, no se rió. Conocía demasiado á Hidy que avanzaba resuelta y ultrajada hasta donde estaba Muguette, la ocurrente heroína de la fiesta.

Al llegar junto á ella, la tomó por un brazo y le dijo con voz reconcentrada, haciendo rechinar sus dientes:

—Ese, ese es mío Tú eres una gata artera que pretendes robarme lo que me pertenece, lo que es alma de mi alma; pero eso no lo conseguirás, no, nunca, porque antes te arrancaría mil vidas que tuvieras.—Y uniendo la acción á la palabra, descargó sobre la cara de Muguette una feroz bofetada.

Un silencio de muerte batió sus alas.

Las dos rivales se encontraron frente á frente, una, pálida y desencajada, la otra con el rostro abotargado por la congestión.

Los espectadores se miraron asombrados, anhelando ver el final del drama que comenzaba, y, cuando menos se imaginaron, Muguette saltó con rapidez sobre Hidy y con sus dedos largos y afilados oprimió la garganta de su contrincante, quien, más robusta y de mayor complexión, logró zafarse y, apretando á su vez con los suyos, que se convirtieron en garfios, la garganta de su rival, hizo demasiada presión con ellos, vió amoratarse el rostro de Muguette, temblequearle sus piernas, ahogarse entre sus manos, y luego vióla caer á sus pies como un cuerpo inerte que se desploma entre un ¡ah! de espanto que circuló glacialmente por la sala del festín.

CASIMIRO PRIETO COSTA

MARIPOSA... CON ALAS

(DIÁLOGO ANDALUZ)

Lo cierto es que Gloria pasa unos ratos amarguísimos; procura defenderse de *Bandita*, el marinero del *San Antonio*, pero le es ya imposible; acaba de levantar un visillo del balcón y le ve pegado á la pared de enfrente, como un espectro. Quisiera bajar... Lo malo es que Gloria no está en su sala; está en la de su amiga la *señá* María la O, á quien ha ofrecido cuidar de Jesusito, su bebé, mientras ella vuelve de un negocio que urge mucho.

El Santo, —esposo de la *señá* María, —es herrero, y tiene el taller en el portal; en el taller arde la fragua y repican en la bigornia machos y martillos; de modo que no es cosa de pasar por allí para ir á ponerse á *papito* con un hombre. ¡No faltaba más! ¿Qué iban á decir de ella? «¡Qué nochel!»

Gloria está en un suplicio: *Bandita* es un mozo de mucha sal; anda pretendiéndola, pero... ¿qué será lo que pretende? ¡Los mocitos de hoy... son de una manera! No se ha explicado bien todavía, y eso es lo que la trae medio loca. Quiere que se explique; saber á qué atenerse, porque es el caso que la mozueta —¿por qué no decirlo?— está perdidita por él.

Duda... Quiere bajar... Se arrepiente luego... Se acuerda á la vez de sus conversaciones con el marinerito del *San Antonio*, de sus ojos que arden como la fragua del *Santo*, y se echa á morir. «¡Ay! Aunque quisiera bajar, y si Jesusito despertaba, ¿qué iba á decir el *Santo*...? Pero lo que es la *señá* María la O, ¡vaya una pachorra! ¡No iba á volver nunca!»

Hace *Bandita* un movimiento, maquinal seguramente, como para marcharse, y Gloria entonces, cual si obedeciera á mágico impulso, deja caer el visillo, atraviesa la sala con rapidez, sin pensar ya en María, ni en Jesús, ni en el *Santo* de abajo, ni en todos los santos de la altura, baja la escalera, cruza el taller, arrancando suspiros moribundos al *majaó*, al *sonaó*, y aún al mismo *Santo*, con su cara preciosa y su cuerpo gentil, de malagueña nativa, y plántase en el escalón. El dichoso marinerito se desclava de la pared y viene hacia Gloria. Apartándose ella entonces, de aquel escandaloso torrente de luz que la fragua despide, deja el escalón, sube al de la puerta próxima y espera con ánimo resuelto. El enemigo presenta batalla al punto y acomete de pronto y con coraje:

BAN.—Osté se viene ahora mismo, á un lugá, donde hablaré dun negocio de muncha estima.

GLORI.—Mosito; quien se vá á í, vá sé osté; que estasté ayí, saliente, comuna esquina, y e juna lástima que arguien se rompa contrasté las narise. *Euchándose las de valiente.*

BAN.—Hombre... ¿ahora se vasté á poné en vena de graciosa, cuando estoy yo muriéndome?

GLORI.—¡Várgame Dió, qué mico, hijo! *Burlonamente.*

BAN.—¡Muriéndome, sí! Muriéndome, de ganita de desirle asté, que en cuantito osté quiera, estoy yo aquí con loz papele, pa casarmol *De muy mal humor.*

GLORI.—Pero hombre... ¿Y si osté resulta aluego una mala persona? *Temblando, muy conmovida; aquella estocada de los papeles, le ha tocado en el corazón.*

BAN.—Po tendrasté pasiencia, que pa eso son laz mujesita de bien; pa aguatá lo que viniere, en pá y en grasia de Dió. GLORIA, que es una buena muchacha, baja los ojos, muy confusa, como si á la afirmación de BANDITA no le encontrase réplica. Permanece con los ojos fijos en el suelo, allí, en aquel cuadro de luz que sale de la fragua, atraviesa la calle, extendiéndose como un inmenso festón de oro, hasta la pared... No sabe lo que decir, aunque tan animosa parecía. De pronto, como si la mancha de luz fuera ensanchándose; como si temiese que aquel desbordamiento de luz, fuera á cogerla y á descubrir las encontradas sensaciones que en su corazón andaluz están combatiendo, deja aquel escalón también y corre al de la otra puerta.

BAN.—Creí que veniasté yá. Pero veo que ahora se guervosté un pajarito, pa saltá de rama en rama. *Con mucha zalameria.*

GLORI.—Pero hijo, vamo á vé: ¿quierosté desirme lo costé sa propuesto? *Impetuosamente.*

BAN.—Morirme ahora mismo, si osté no hace lo que yo le mando... Y se lo mando porque se puée... Por costé e mi mujé, y yo soy su hombre... es desí, como si lo fuéramo. Ea. Y osté me dará á mí ese gusto, sino quierosté quel Universo, con la má y to loz buque y la fragua der Santo, se hunda esta noche. Lo que yo quiero e costé se venga aquí ar laito, un minuto na má, pa yo echarle asté una caña y jurarle ar són, ques verdá tó eso que dije de la mujé y del hombre y der tuyo y der mío...

GLORI.—Cristiano, ¿pero osté está chalo de la cabeza? *Con gran soflama.*

BAN.—¡Andoste ya...! ¡Que estaté haciéndome sudá er quilo pa conseguí una cosa tan chical... *Los ojos de Gloria, escudriñadores, ardientes, se clavan en BANDITA.*

BAN.—Y no me echosté eso sojo, que estasté pareciéndome la guardia sivi, cuando coge en la carretera á un indocumentao.

GLORI.—¡Ahí le duele! Documento son menesté. *Riéndose.*

BAN.—¿Se los traigo asté ahora mismo?

GLORI.—No señó; que los traiga er cura.

BAN.—¡Digo...! ¡Le parese asté la niña! *Suspirando.*

GLORI.—Y no digo yo la guardia sivi, pa costé se entere; un gancho quisiera yo tené en cá ojo, con máz garabatos que piedresitas tié la caye, pa metérselo asté en el alma y sacarle la verdá ó la mentira de lo que haiga e neya.

BAN.—¡Pero mardito sea er cabayo de copa! Si e josté un puro gancho, hombre, ¿por qué desirme que quierosté tené uno en ca ojo? ¡Si estasté mareándome! ¡Si esto no se pué resistí!... Hombre, hagamosté el favó de acabá de pegarme un tiro, ó vengasosté ya, que no e jaquí donde yo quiero que estemo. GLORIA, vacila; está sugestionada por completo; teme enfadar al marinerito, y, por otra parte, desearía saber hasta qué punto es verdad lo que dice.

GLORI.—Pero criatura..., ¿Osté sabe lo que está pidiéndome? *Temblorosa, turbadísima.*

BAN.—¡Ay, Vigen der Carmen, que esta mujé me está mandando! Ea... Acabosté ya, ó fenesco ahora mismo. Como desesperado, suplicante, y humilde á la vez; abrasándola con los ojos y con el aliento. GLORIA no sabe lo que hace, ni lo que dice. No puede ya resistir.



GLORI.—Pero Bandita... ¿será pa muncho?

BAN.—Pa un ratiyo na má; palabra.

GLORI.—Po hombre; á tanto porfiá, con probarlo, se ve la fija. Co nosté voy de cabeza... ¡Y si tengo que arrepentirme aluego, que la Vigen der Socorro mayuel!

BAN.—¡Olé...! Po andandin.

GLORI.—¿Pero co nesta facha, criatura? Esperoste un poquiyo.

BAN.—Eso sí que no, que vasté á escabuyirse, y arde entonse la humaniá; ahora mismo.

GLORI.—¿Pero en cuerpo gentí? *Desoladamente.*

BAN.—En cuerpo gentí y saleroso, que paese un junquito, moviéndose en el aire! ¡Vengastacá, so salamera! *Con mucho mimo, cogiéndola de una mano y tirando con suavidad. GLORIA se deja conducir; ha perdido la voluntad, la memoria, la razón; sus mejillas y sus ojos echan fuego. ¿Dónde vá? ¿Qué le importa? El mocito no anda mucho. Entra en un camarote de cierto pasaje, un cuartillo de madera con una mesilla y dos bancos; una luz medio muerta lo alumbra dificultosamente. Presentase un mozo cuya descripción es imposible.*

BAN.—Un abisperito de sei, de la má rica y la má jolorosa, como pa que pase po er gajorro e plata, de esta mujé que viene á mi vera. *Traen las cañas, beben. A GLORIA le es imposible hablar; está ahogándose. Con lo que allí dice BANDITA para animarla, formariase un curiosísimo volumen de amor y truhanería. Su acento de sinceridad es lo que empieza á devolver á GLORIA la vida.*

GLORI.—Pero ¿á qué he venío yo aquí? *Levantándose de pronto.*

BAN.—A darme gusto: bebe, que te voy á desí una cosa. *Riendo. GLORIA bebe y espera, con la caña en la mano, oprimido el pecho, brillantes los ojos por la calentura.*

GLORI.—¿Qué cosa e jesa? *Temblando.*

BAN.—Mira... ¿Me quiere tú de verdá?

GLORI.—¡Yo estoy muriéndome! ¡Yo no sé lo que me pasa! Estésosté toa la vía guardando el recato y la compostura, pa que aluego, en un minuto, haga una consigo este atropayo. ¿Quierosté que le diga una cosa, zeñó Bandita? Po vayasosté, si ez verdá que me quiere, y déjemosté plantá... Que yo soy una perdía, sólo po habé venío aquí conosté! *GLORIA se echa á morir; vierte llanto amarguísimo; él, la mira, poniendo en los ojos su corazón y su alma.*

BAN.—Oye tú, pampusia; yo voy á casarme contigo, aunque no te lo parezca... Porque ere un perro manso pa mí... Y pa yo probarte que no echo embuste y que hay aquí también un corasón

de hombre, *Muy conmovido, golpeándose el pecho fieramente, vá ja tomá er portante, sin que yo te ponga un deo encima, siquiera.*

GLORI.—¿Pero de verdá, BANDITA? *En voz temblorosa, pareciéndole un sueño lo que oye.*

BAN.—¡Como la una!... Pero te veré algún ratito ¿sí?

GLORI.—¡Sí, que me verá; me verá, cuando tú me lo mandel! *Sorprendida, confusa, con un asombro feliz por la lealtad y el amor que va observando en el hombre.*

BAN.—¡Ay, qué mujé esta... y como me güerve á mí tarumba!

GLORI.—¿Quedrás que venga con la señá María la O? *Tímida, suplicante, queriendo tener otra prueba de la buena fe de su novia.*

BAN.—¡Que sí!

GLORI.—¡Pero, de verdá!

BAN.—De verdá... maresita mía... ¡Si lo que yo quiero e quearme contigo po elante la iglesia, si nofendé á Dió ni á ese cuerpesito e pitiminí! Hasta mañana.

GLORI.—¡Ay, Bandita!

BAN.—Que no me farte!

GLORI.—¡Yo fartá *Suspirando como si le faltara el alma.*

BAN.—Echaremos un ratito, con la señá María la O ar lao, pa er güen vé, y aluego, tú á tu casita y yo á la mía.

GLORI.—¡Que sí! ¡Que sí! *Loca de alegría.*

BAN.—Po á repartí guardia. *Salen. ¿Qué obscuridad. ¿Qué silencio! Van hacia el taller de el SANTO; cerca ya del taller, detiéndose para despedirse. GLORIA se deshace en lágrimas... Lágrimas de gratitud á BANDITA. De remordimiento. Había dudado de él.*

GLORI.—¡Ay, Bandita! ¿me quiere tú de verdá? *Ahogando los sollozos.*

BAN.—¡Como á mi mare que está en la glorial *Fagosamente, poniéndose una mano sobre el corazón.*

GLORI.—¡Pos toma en pago, ya que tú ni me lo pide siquiera!

Le da un beso y echa á correr: Allá, en la bigornia, con su tintín agudo, machos y martillos. La luz de la fragua se extiende en las aceras, hasta la otra pared, en un ancho festón de oro. GLORIA corre por la calle desierta y oscura; corre al taller, palpitante, feliz, cual mariposa que vuelve de la luz, con la alegría íntima de no haber quemado sus alas. ¡Ay! porque la luz, la verdadera luz no es la que del taller de el SANTO se desborda, tendiéndose en estela radiante. La luz, la verdadera luz, está en el corazón enamorado y en los ojos de fuego del marinerito del *San Antonio.*

M. MARTINEZ BARRIONUEVO

PASATIEMPOS

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO

NOTA NOTA G FLOR

LOS VILLENENSES DE EL BORDOÑO.

CHARADA

En Jerez de la Frontera
dijo Juan á todo:—Loco,
si te descuidas un poco
segunda prima al tercero.

JUAN J. GUTIÉRREZ RAMOS.

SOLUCIONES Á LOS DEL NÚMERO ANTERIOR:

Jeroglífico comprimido —Cartera.

Charadas eléctricas. — 1.^a Operario.—2.^a Casino.—3.^a Rosario.—4.^a Soldado.

EL SILLÓN DEL DOCTOR (HISTORIETA MUDA);

por DONAZ.

